

NOVENA AL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

Sexto día: Medios para vencer los obstáculos que impiden sacar fruto de la devoción al Sagrado Corazón



Después de hablar de todo aquello que es obstáculo para esta devoción, vemos que, si no estamos continuamente en vela y preparados para el combate, muy pronto el enemigo se hará dueño de nuestro corazón. Estos son los medios que Jesucristo mismo nos asegura que son los más idóneos para disminuir o destruir el amor propio y la soberbia oculta:

a. Primer medio: Una verdadera mortificación

La mortificación es tan necesaria para amar de verdad a Jesucristo que es la primera lección que imparte Él mismo a cuantos quieren ser sus discípulos. “*Si alguno quiere venir detrás de mí, que se niegue a sí mismo, que tome su cruz cada día, y que me siga*” (Lc 9, 23)

La mortificación externa se traduce en ayunos, viglias, y otras austeridades corporales que practicadas con discreción, obediencia y generosidad someten el cuerpo, ayudan a triunfar en ciertas tentaciones y asegurar la libertad de espíritu.

El ejercicio de la mortificación interior, no es más que aplicar el oído a las divinas inspiraciones. El amor de Jesucristo es tan ingenioso en este punto, que inspira a todas las almas los medios y los trucos para mortificarse.

Basta por ejemplo con tener muchas ganas de ver algo o de hablar para obligarse a bajar los ojos o a aplacar el deseo de saber cosas nuevas o de saber lo que pasa o lo que se dice o lo que se hace, etc. Si en el exterior no hallamos muchas ocasiones para mortificarnos, nunca faltan dentro de nosotros mismos.

b. Segundo medio: Una sincera humildad

El segundo medio es una sincera humildad. Dice san Agustín: «*Jesucristo no nos dice: Aprended de mí a hacer milagros, sino aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, para darnos a entender que sin humildad no hay verdadera virtud*».

Para ser verdaderamente humildes no basta con reconocer que no tenemos ninguna virtud ni mérito propio conseguido exclusivamente por nuestros propios esfuerzos. Es menester también creérselo de verdad y no disgustarse de que otros lo crean así.

El primer paso para conseguir esta virtud es pedirla a Dios con insistencia. Después, debemos convencernos a nosotros mismos, reflexionando de modo serio y con frecuencia, acerca de nuestra pobreza y de nuestras propias imperfecciones. Hacer memoria de lo que hemos sido y el considerar lo que podríamos haber sido sirve mucho para humillarnos. El vernos a nosotros mismos tan cerca del precipicio, hace que no nos espantemos de que los otros caigan.

Si queremos alcanzar la perfección cristiana, es importante proponernos firmemente olvidar todos nuestros intereses, aun tal vez hasta los espirituales, para buscar únicamente la gloria de Dios. No se goza de una paz segura y tranquila sino en el olvido de sí mismo.



Prácticas de preparación

1) Ponerse en presencia de Dios.

2) Pedir la gracia de tener el deseo sincero de reparar, en lo que esté a nuestro alcance, las ofensas que se han infligido, y que continúan infligiendo diariamente el Sagrado Corazón.

3) Lectura: Del libro de Jean Croiset *La devoción al Sagrado Corazón de Jesús-Una verdadera mortificación*.

No hay casi hora del día en que no se presente alguna ocasión de mortificación. Tanto si estamos sentados o de pie, jamás dejará de hallarse un lugar o una postura menos cómoda sin que los demás lo vean; cien veces que nos interrumpen en una ocupación muy seria, cien veces podremos responder con tanta dulzura y cortesía como si nouviésemos nada que hacer. El mal humor de aquellos con los que tratamos, las imperfecciones de los que conviven con nosotros, la ingratitud de alguien a quien le hemos hecho un bien... pueden ejercitar mucho la paciencia del que es sólidamente virtuoso. En fin, todas las incomodidades, las propias del lugar, del tiempo y de las personas, podemos sufrirlas de modo que no se echen de ver, son pequeñas ocasiones de mortificarse pero no es una pequeña mortificación; es más, tiene un gran mérito y puede decirse que las gracias más grandes y la mayor santidad dependen muchas veces de la generosidad que tenemos en mortificarnos constantemente en estas pequeñas ocasiones.”

Y así, viviendo una vida mortificada podremos decir con san Claudio de la Colombière: *“Mirar a Jesucristo me hace tan amable la Cruz, que me parece que sin ella no puedo ser dichoso. Miro con respeto a aquellos a quienes Dios visita con humillaciones y adversidades de cualquier suerte. Sin duda, son sus favorecidos”*.

Meditemos ahora cuáles deben ser los pensamientos de Jesús al sentirse tan humillado todos los días en la Eucaristía, incluso por los cristianos, a pesar de que la instituyó para satisfacer su amor hacia nosotros. Incluso si Jesucristo no hubiera obrado este milagro, incluso si no nos hubiera amado hasta el límite, ¿sería esa una razón para no amarle?

Cristianos, ¿No ha hecho el Salvador más que suficiente para merecer nuestro amor? Y si su amor extremo le ha llevado a hacer lo que nos parece excesivo, ¿va a ser ese amor sin límites el que impida que le amemos, o, peor aún, va a ser la causa de que le despreciemos? ¿no es lo que ha pasado desde que instituyó este misterio? ¿No se cumplen hoy las palabras de los profetas, que dijeron: «Que se harte de oprobios», «despreciable y despojo de hombres», por el trato que recibe en el Santísimo Sacramento? La ingratitud y la impiedad de quienes le condenaron nos provocan una justa

indignación. Vemos, sin embargo, esa impiedad e ingratitud renovada en las humillaciones a las que su amor expone a Jesucristo cada día en el Santísimo Sacramento, ¿y nunca nos conmovemos?

Hasta ahora, oh Salvador, hemos sido desagradecidos contigo. Hemos respondido a tus dones con frialdad y descuido. Tú, sin embargo, continúas mostrándonos tu misericordia a pesar de nuestra infidelidad. Concédenos morir de dolor o vivir en un continuo arrepentimiento por haber amado tan poco a Dios, que nos quiere hasta el infinito, y que nos da continuamente en la Eucaristía la prueba de amor más grande que haya existido jamás.

De ahora en adelante os amaremos, oh Salvador, y os adoraremos y os alabaremos en el Santísimo Sacramento. Empezaremos a demostraros amor comportándonos con modestia y respeto en tu presencia; por medio de una devoción ardiente a tu Sagrado Corazón y un deseo sincero de reparar, en lo que esté a nuestro alcance, las ofensas que se os han infligido, y que continúan infligiéndoos diariamente contra el Sacramento de vuestro Amor. Concédenos que estas disposiciones continúen hasta la muerte.



Propósito del día:

Hagamos un acto de humildad al encontrarnos con algún límite, imperfección o defecto, reconociendo nuestra pequeñez y nuestra nada.

Jaculatoria del día: (para repetir durante el día)

¡Gloria, amor y gratitud al Sagrado Corazón de Jesús!

Letanías para consolar al Sagrado Corazón

Señor, ten piedad de nosotros, - *ten piedad de nosotros.*
Cristo, ten piedad de nosotros, *ten piedad de nosotros.*
Señor, ten piedad de nosotros - *ten piedad de nosotros.*
Cristo, óyenos - *Cristo, óyenos;*
Cristo, escúchanos - *Cristo, escúchanos.*
Dios, Padre del Cielo - *ten piedad de nosotros.*
Dios, Hijo, Redentor del mundo - *ten piedad de nosotros.*
Dios, Espíritu Santo - *ten piedad de nosotros.*
Santísima Trinidad, Un Solo Dios- *ten piedad de nosotros.*
Santa María, Nuestra Madre y Madre de Jesús,- *ruega por nosotros.*
Santa María, Madre del Consuelo,- *ruega por nosotros.*
Corazón Inmaculado de María,- *ruega por nosotros.*

Después de cada invocación, decir: - Te consolaremos, Oh Señor.

Por el olvido y la ingratitud de la humanidad,
Por tu abandono propio en Tu Tabernáculo
Por los crímenes de pecadores,
Por el odio de los no religiosos
Por las blasfemias contra Ti,
Por las calumnias a Tu Divinidad,
Por los sacrilegios con los cuales Tu Sacramento de Amor es profanado,
Por la inmodestia e irreverencia mostrada en Tu Adorable Presencia,
Por los desengaños de los cuales Tu eres la víctima,
Por la frialdad del número mayor de Tus hijos,
Por el desprecio ofrecido en tus avances amorosos,
Por las infidelidades de aquellos que se llaman tus amigos,
Por el abuso de Tu gracia
Por nuestra propia falta de fe,
Por la dureza de nuestros corazones,
Por nuestra gran demora en amarte,
Por nuestra tibieza en tu Santo servicio
Por la amarga tristeza que Te sumerge la pérdida de almas,
Por Tu larga espera frente a las puertas de nuestros corazones,
Por Tus lágrimas de amor,
Por Tu encarcelamiento por amor,
Por Tu martirio de amor,
Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo, - *Sálvanos, Oh Señor.*
Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo, - *Escúchanos, Oh Señor.*
Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo, - *ten piedad de nosotros.*

Oremos

Oh Salvador Divino Jesucristo, Quien respiró de Su Corazón esta queja penosa: "*Busqué a aquellos que Me consolarían y no encontré a ninguno*", acepta este pequeño tributo de nuestros consuelos, y ayúdanos poderosamente con Tu Gracia. En el futuro, volando más y más lejos de todo lo que Te desagrade, mostrémonos ser, en todo y para siempre, Tus fieles y devotos guardias de honor. Te pedimos esto a través de tu Sagrado Corazón, Oh Jesús, Quien, como Dios, vives y reinas con el Padre y el Espíritu Santo por y para siempre.

Amén